

DOCUMENTO INFORMATIVO DEL IEEE 13/2011

NIGERIA ANTE SU FUTURO

(MAYO DE 2011)

Abril de 2011 ha sido un mes de elecciones en Nigeria. El día 16, fue proclamado presidente Goodluck Jonathan, un cristiano del sur del país, perteneciente al Partido Democrático del Pueblo (PDP). Jonathan que ya ocupaba de forma interina la presidencia del país por la muerte de su antecesor en el cargo, Umatu Yar'Adua, consiguió 22.5 millones de votos (59.6%). Su principal rival en las elecciones fue el general Muhamadu Buhari, musulmán del norte y antiguo dictador del país (1983-85) que obtuvo 12.2 millones de votos (32.3%). Según varias organizaciones internacionales, por primera vez desde que en 1999 se reinstaurara, al menos en teoría, la democracia en Nigeria, el resultado de estas elecciones puede ser considerado justo.

Por otro lado, unos días después de los anteriores comicios, también se han llevado a cabo las elecciones a gobernador en 29 de los 36 Estados federados que componen Nigeria. En un país marcado por las rivalidades étnicas y religiosas, estos cargos son de enorme importancia para la estabilidad política nigeriana, como queda demostrado por el hecho de que en siete Estados el proceso electoral ha tenido que retrasarse por la violencia existente.

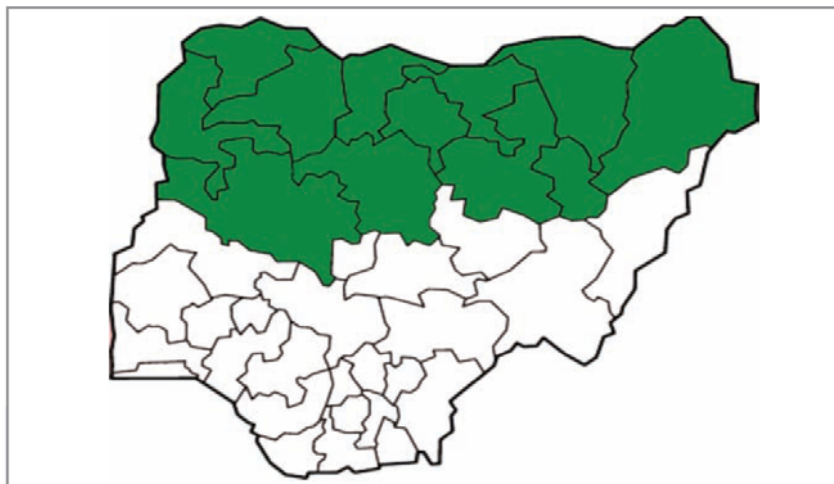


Fuente: US. Department of State

Nigeria ocupa el puesto 14 en el Índice de Estados Fallidos 2010 que publica anualmente la revista Foreign Policy, y el 140 en el Índice de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas de 2010. En este contexto, las nuevas autoridades del país africano se enfrentan a dos problemas endémicos e interrelacionados: uno, la citada fragmentación étnica y religiosa; y dos, la pobreza extrema de más del 75% de la población.

Con 150 millones de habitantes, pertenecientes a 250 grupos étnicos distintos, Nigeria es el país más poblado de África. Su población, mayoritariamente rural (el 60% vive de la agricultura), está dividida al 50% entre el sur cristiano y el norte musulmán. En ambas religiones el influjo del animismo es significativo ya que se calcula que al menos un sexto de la población practica distintas variantes de este tipo de ritos, lo que ha constituido tradicionalmente un factor moderador en contra de extremismos religiosos de ambos signos.

Al igual que en el resto de los países situado al sur del Sahara, el Islam nigeriano es resultado de los contactos entre la civilización musulmano-bereber del norte de África y de los grandes imperios negros preislámicos. En Nigeria, la población musulmana se concentra en los áridos Estados norteños, siendo la ciudad de Kano, con más de 4 millones de habitantes, el mayor centro urbano de la región. Según se desciende hacia el sur del país la influencia islámica va decreciendo progresivamente. 12 Estados federados del norte han asumido la *sharia* como código de justicia, lo que desafía a la Constitución de Nigeria y supone un motivo de choque con las comunidades cristianas, que no aceptan estar sujetas a la ley coránica. En esta región es patente la acción violenta de grupos islamistas radicales que, como los Bobo Haram, tratan de imponer los principios islámicos por la fuerza, lo que en cualquier caso es una muestra de la debilidad del Estado en el norte.



Estados federados en los que se ha implantado la sharia

Fuente: Institute for Security Studies

En el sur, las comunidades cristianas también han radicalizado su discurso, existiendo sectas fundamentalistas, principalmente de credo evangelista, que se oponen al avance del Islam en el país.

El grupo étnico dominante en el norte musulmán es el Hausa-Fulani (el 29% de la población), aunque también son de reseñar otras tribus como los Nupe, Tiv, y Kanuri. El sur se encuentra dividido principalmente entre los yoruba al oeste (21 %) y los igbos al este (18 %). En la zona del delta del río Níger se encuentran los Ijaw, de los que procede el nuevo presidente y que representan el 10% de los nigerianos. El hecho de que Jonathan no pertenezca a una de las tres etnias mayoritarias, constituye una novedad de primer orden en la historia del país africano, ya que su vida política ha sido dominada habitualmente por los esos tres grupos.

La composición poblacional ha sido fuente de constantes tensiones. Nigeria formó parte del Imperio británico hasta su independencia en 1960. Inmediatamente se produjeron enfrentamientos entre las distintas etnias, obligadas a convivir en un Estado artificialmente creado según estándares coloniales. En 1967 estalló la rebelión de Biafra que enfrentó a los igbos, que pretendían la creación de una república independiente, con los yoruba. El conflicto que finalizó en 1970 costó la vida de más de un millón de personas. La actual administración federal del país trata de dar respuesta política a las diferencias entre los distintos grupos sociales. Asimismo, el traslado en 1991 de la capital de Lagos, en la costa del Golfo de Guinea, a Abuja en el centro del país, también puede ser considerado un intento reconciliatorio en este aspecto.

Con todo, las tensiones norte-sur siguen estando muy vivas. La votación presidencial se ha llevado a cabo de acuerdo a la división étnica-religiosa expuesta. Mientras Jonathan ganó abrumadoramente en el sur cristiano, Buhari lo hizo en el norte musulmán. Tras la victoria del primero, en un proceso de acción-reacción de antagonismo entre las distintas comunidades, han estallado en el país graves incidentes que han causado, según algunas fuentes, más de 1.000 muertos. En el norte los alborotadores protestan por el hecho de que con la designación de Jonathan como candidato del PDP, antes de las elecciones algo que prácticamente le aseguraba su elección, se daba por roto un arreglo político informal, denominado “zoning”, por el que la presidencia del país rotaba entre ambas zonas geográficas. El temor a perder influencia política en el resto del país, la percepción de estar bajo el dominio de otros grupos y el arraigado sentimiento de agravio comparativo con respecto al sur completan el estado de la cuestión.

Aunque los fundamentalismos religiosos constituyen un problema de gran magnitud para el equilibrio de Nigeria, sin embargo, la frustración por la falta de oportunidades económicas, la pobreza y la corrupción pueden ser consideradas la causa fundamental de inestabilidad. No deja de ser llamativo que esta situación ocurra en el primer país africano y 14º del mundo productor de petróleo y que además dispone de otros importantes recursos naturales.

La casi totalidad de la producción de petróleo que representa el 40% del PIB se concentra en el delta del Níger. Sin embargo, los grandes beneficios que supone el “oro negro” para la segunda economía del continente sólo llegan a una elite que confunde la utilización de fondos públicos con el beneficio privado. Mientras que la mayoría de los nigerianos vive con menos de dos dólares al día, la opulencia de la elite gobernante constituye un motivo de tensión social de primer orden. Esta situación ha conllevado que surjan movimientos

reivindicativos independentistas como el Movimiento para la Emancipación del Delta del Níger (MEND en siglas en inglés) que ha estado llevando a cabo ataques contra los oleoductos e instalaciones petrolíferas en la zona durante años. Además, como medio de escapar de la miseria, la población acude al robo de petróleo en los oleoductos. La acción conjunta de estos dos elementos ha hecho decrecer sensiblemente la producción de crudo en los últimos años.

La tarea que ahora tienen por delante tanto el Presidente como los nuevos Gobernadores se antoja crucial no sólo para el futuro de los nigerianos sino también, por su importancia geopolítica, para el conjunto del continente africano. La principal labor de Jonathan será fortalecer las instituciones del Estado más allá de la estricta supervisión que las Fuerzas Armadas nigerianas realizan sobre la vida política del país. Durante su corta historia el ejército ha constituido el factor esencial para entender la pervivencia del Estado. Entre 1966 y 1999, con la salvedad del periodo entre 1979-83, sucesivas dictaduras militares se han turnado en el gobierno del país.

Para conseguir este fortalecimiento institucional es absolutamente preciso lograr la pacificación de las relaciones entre las distintas comunidades que viven una situación de conflicto permanente y que no perciben al Estado como garante legítimo de su seguridad. Extremismo y radicalismo, junto a pobreza extrema, conforman un coctel muy peligroso. Así, la completa reforma del sistema económico y productivo nigeriano, con el objetivo de reducir las tremendas desigualdades sociales y la adopción real de principios democráticos, que permitan a las distintas comunidades expresar de forma pacífica sus opiniones serían pasos en la dirección correcta. En este último aspecto, sería necesario involucrar de forma activa en este proceso tanto a Muhamadu Buhari como a los dirigentes del MEND y de otros grupos insurgentes.

Madrid, a 3 de mayo de 2011

Mario A. Laborie Iglesias

Analista Principal del IEEE